

antes y se habia espuesto á la persecucion , en medio de la cual jamás desmintió su piedad.

10. El espíritu del Señor que dirigia los pasos de los modernos apóstoles en las estremidades de oriente , depará á Italia otro apóstol no menos celoso que los mártires de la China. Tratábase en Asia de llevar la luz del Evangelio á unos pueblos envueltos aun en las tinieblas de la idolatría , y en el centro del catolicismo de reducir al amor y observancia de las máximas evangélicas á los cristianos de solo nombre que las olvidaban ó despreciaban. Para una y otra empresa eran necesarios ministros suscitados por la diestra omnipotente , y cuales de tiempo en tiempo envia el divino Fundador á su Iglesia para destruir la supersticion de sus enemigos , ó para purgar del contagio de los vicios á sus hijos descarriados. Del número de estos enviados del Señor fue el beato Leonardo de Porto-Mauricio , quien se distinguió por este tiempo en combatir los errores y prevaricaciones de los antiguos fieles en Italia y en algunos otros paises circunvecinos. Nació en la ciudad de que tomó el nombre en la diócesi de Albenga en 1676. A los doce años pasó á Roma bajo la custodia y direccion de un tio paterno que procuró colocarle en el colegio romano. Tuvo allí la suerte de oír por algun tiempo las lecciones de uno de los mas célebres personajes en doctrina y piedad , cual era en su tiempo el padre Bautista Tolomei , jesuita y despues cardenal , bajo cuya disciplina aprovechó tanto en las ciencias , y singularmente en la elocuencia sagrada , que podia disputar la palma á los primeros oradores.

Desde muy niño habia mostrado un vivo deseo de

abrazar el estado religioso , deseo que se aumentó en él con la edad , y que le obligaba á pedir á Dios continuamente que se dignase designarle el instituto que mas fuera de su divino agrado. Ocurrióle entonces un acontecimiento que fijó su resolucion. Atravesaba cierto dia la plaza que está delante la iglesia de los jesuitas , quando vió pasar dos religiosos con hábitos muy miserables , modestos en su porte , que sin levantar los ojos de tierra seguian su camino. A su primera vista quedó sorprendido , y , como decia despues hablando de su vocacion , le parecieron dos ángeles del cielo. Sintióse inmediatamente movido á abrazar aquella religion ; pero no sabiendo quienes eran aquellos religiosos ni á qué instituto pertenecian , comenzó á seguirles de léjos hasta que vió que entraban en el convento de San Buenaventura. Entró él tambien en la iglesia á tiempo que se entonaban completas , y al oír el *Convertite nos Deus salutaris noster* , una voz interior acabó de resolverle á consagrarse á Dios en aquella misma casa. Obtenido , pues , el consentimiento de su padre y de su director espiritual , vistió el hábito de la estrecha observancia en la edad de veintiun años , mudando el nombre de Pablo Gerónimo Casanova , que habia recibido en el bautismo , en el de fray Leonardo de Porto-Mauricio. Puede inferirse cual seria el fervor de su virtud durante el año de su probacion por lo que decia despues él mismo en el tiempo de sus misiones : „ Yo me encuentro sin devocion y sin espíritu , privado de toda virtud ; me contentaria con tener el mismo fervor que tenia en el noviciado. ¡ O año feliz ! yo me confundo porque veo que he vuelto

estados , ofreciéndole proveer abundantemente cuanto necesitase él y sus compañeros. Condescendió de muy buena voluntad el santo predicador en hacer misiones por toda la Toscana , pero en cuanto á lo demás agradeció al Príncipe sus buenos oficios diciéndole que se aprovecharia de ellos en cuanto pudiesen contribuir al bien de las almas. „En órden á mí , añadió con una santa libertad , tengo un amo mas rico que vuestra Alteza , que me ha provisto en toda ocasion , y me proveerá siempre en cualquiera necesidad.” „¿Y quién es ese vuestro amo tan rico? preguntó el gran duque.” „Dios , respondió el padre Leonardo , de quien estoy seguro que recibiré cuanto necesito viviendo en la pobreza y mendigúez; y mientras yo pensare en Dios y en promover su santa gloria , Dios pensará en proveer á mis necesidades.” Quedó aquel Príncipe religioso edificado con esta respuesta , y conoció que en sola la religion cristiana y en los que profesan su verdadero espíritu , las máximas de heroísmo y de total confianza en la Providencia no son solamente espresiones bellas y sonoras , sino hechos constantes y reales.

No retardó un momento el santo misionero el cumplimiento de lo que habia ofrecido al gran duque. Los obispos de Sena , de Arezzo , de Volterra , de Prato , de Pescia , de Chinsi , de San Miniato y de Pistoia tuvieron sucesivamente el gusto de ver en sus diócesis al siervo de Dios , y de recoger los frutos de sus tareas apostólicas. Todos encontraban en él un padre y consolador; todos le buscaban con ansia como á un ángel tutelar , y para todos alcanzaba las bendiciones del cielo despues

de haberles convertido al seguimiento de la virtud ó fortalecido en la carrera de la perfeccion. Pero mientras que trabajaba incansablemente en las misiones , fue elegido superior de la casa edificada poco antes en Florencia , á imitacion y segun la norma del convento de San Buenaventura de Roma. Dedicóse entonces enteramente á perfeccionar aquel establecimiento que , hallándose en sus principios , necesitaba de una particular direccion capaz de cimentar la perfecta observancia. Hizo imprimir á este efecto las constituciones que debian observarse en aquel retiro , y no pareciéndole suficientes las de su convento de Roma , les añadió algunas particularidades tomadas de la vida de su seráfico padre San Francisco. Recordando entre otras cosas que el santo fundador acostumbraba á retirarse de tiempo en tiempo á lugares solitarios para entregarse todo á Dios , propuso el padre Leonardo señalar algun desierto proporcionado donde pudiesen sus religiosos vivir enteramente retirados del mundo y entregados á la contemplacion de las cosas celestiales; y se le ofreció un eremitorio situado en la cumbre de un monte á seis millas de Florencia y llamado Santa María del Encuentro. Edificó allí , obtenidas las necesarias facultades de Roma y con las limosnas de algunos piadosos ciudadanos de Florencia , ocho celdas para sus religiosos , que mas que habitaciones parecian cavernas por su estrechéz y aspereza , y á mas algunos cuartos mas cómodos para los eclesiásticos y aun para los seglares de cualquier estado y condicion que quisiesen retirarse allí por algun tiempo. Dió despues la regla que debia observarse , solamente comparable con el rigor

de las primitivas instituciones de su seráfico padre; y fue él el primero que la puso en práctica con la mas escrupulosa puntualidad dando así ejemplo á sus hermanos. El ayuno mas riguroso, la abstinencia de carnes, huevos, lacticinios, pescado y vino, la disciplina, las vigili-
 as prolongadas en la mayor parte de la noche; tales eran las mortificaciones corporales de aquellos nuevos solitarios, á las que añadian la oracion, el estudio y las conferencias con que se preparaban para egercer con mayor fruto el santo ministerio de la palabra. Fue tanta la celebridad que adquirió en poco tiempo aquel verdadero retrato de la antigua Tebaida, que de todas partes acudian á hacer sus egercicios espirituales, no solo algunos eclesiásticos, sino tambien varios prelados insignes y muchos seglares piadosos, entre los que se vió alguna vez al mismo gran duque Cosme III y á los principales señores de su córte.

Retirábase á esta soledad el beato Leonardo cuantas veces interrumpia sus misiones á fin de renovar su espíritu, como él mismo decia á sus hermanos, y de adquirir nuevo vigor para emprender otra vez las funciones del apostolado, y de allí salia con aquel celo inflamado á que nada podia resistir. Los pecadores mas obstinados, las públicas prostitutas y hasta los impíos blasfemadores de nuestra santa religion, quedaban conmovidos solo al presentarse el santo predicador. Sucedia muchas veces que deseando éstos oírle por pura curiosidad ó para mostrarse despues de sus sermones, sorprendíanse al escuchar sus palabras, y el último resultado era postrarse á sus pies para hacer la confesion general de su vida. Seríamos

interminables si quisiéramos seguir todos sus pasos, describir una por una sus virtudes, y referir los extraordinarios padecimientos que sufrió en sus largas misiones de Toscana, del estado pontificio, de la Liguria y de muchas islas del Mediterráneo. Toda su vida no fue otro que una continuada peregrinacion, la que jamás bastaron á impedir ni los rigores de la estacion, ni los peligros é incomodidades de los viages que hacia siempre con los pies desnudos, ni las amenazas con que algunos malvados llegaron á atentar contra su vida. Viósele mas de una vez bañado en su propia sangre por haber caminado largas horas sobre la nieve, ó de resulta de las caidas que no habia podido evitar; y cuando se le aconsejaba moderar tanto rigor, solia responder con rostro alegre: *no sabeis que es gloria de un soldado enseñar las heridas que ha recibido por defender el honor de su Príncipe?* ¡Tal era el deseo de padecer por la gloria de Dios!

14. Entre los paises que santificó el beato Leonardo con sus misiones, debemos hacer especial mencion de la isla de Córcega por el estado en que se hallaba de resultas de sus revueltas políticas. Vimos en el libro ochenta y ocho que destruido el simulacro de trono que habian levantado los corsos, quedó su isla bajo la proteccion del Rey Cristianísimo, cuyos egércitos, llamados por la república de Génova, ocupaban todas sus plazas. Prometíanse los genoveses que por no sufrir los sublevados el yugo de un egército de ocupacion, admitirian fácilmente las condiciones propuestas por la república, y se someterian otra vez á su dominio. Mas apenas salió de la isla el mariscal Millebosi con la mayor parte de sus

tropas, dejando en su lugar á Villemur con una corta guarnicion, cuando lisonjeándose los corsos de que tambien se retiraria este general, principiaron á tomar nuevo aliento, y no solo desecharon las proposiciones de páz y la amnistía que les ofrecia la república, sino que protestaron altamente que jamás se sugetarian á la dominacion genovesa. Tornaron, pues, á aparecer las facciones y á repetirse los horrores de una guerra de partidos.

Entretanto el estado de la religion se hacia cada dia mas deplorable entre aquellos isleños ocupados solamente en sus disensiones, de modo que no pudo menos de llamar la atencion del vigilante Pontífice Benedicto XIV. Estaban vacantes ya mucho tiempo las dos sillas episcopales de Aleria y de Nebbio, sin que las turbulencias hubieran permitido proveer de legítimos pastores á aquellos rebaños en la época en que mas los necesitaban. Considerando, pues, el Papa los males de tan larga vacante, preconizó en un consistorio secreto á Mr. Massei para el obispado de Aleria y á Mr. Marioti para el de Nebbio, y despues de consagrados les mandó partir cuanto antes para sus sillas. Extraordinarias fueron las demostraciones de alegría que hizo toda la isla al ver á dos de sus hijos elevados á la dignidad episcopal, al cabo de doscientos años que la política de los genoveses no habia permitido que ningun corso fuese promovido á alguno de los cinco obispados que se contaban entonces en la isla. De aquí es que todo el pueblo honró sobremanera á sus nuevos prelados, comenzando con felices auspicios la necesaria reforma que se encargó luego al beato Leonardo.

Llamado éste por el gobernador genovés de Bastía y autorizado especialmente por Benedicto XIV, se embarcó en Viareggio y pasó á Córcega, donde renovó en poco tiempo las maravillosas conversiones que habia obrado en Toscana, estinguendo las antiguas enemistades, apaciguando los partidos y restableciendo en las cinco diócesis las buenas costumbres, la práctica de las virtudes y la observancia de la disciplina.

15. Al mismo tiempo que el padre Leonardo de Porto-Mauricio, imitando al grande apóstol San Vicente Ferrer, á quien se habia propuesto por modelo, difundia en varios países de Italia los tesoros de la divina palabra y multiplicaba los triunfos de la gracia sobre los pecadores, un humilde lego capuchino, emulando las virtudes evangélicas de San Felix de Cantalicio, se presentó en Roma y en sus cercanías como un espectáculo de pasmo y edificacion. Nacido en Viterbo en 1668 de padres honrados, pero pobres, manifestó desde la mas tierna edad tanta modestia, devocion y recogimiento, que se le llamaba comunmente el santo niño. Hallábase á la sazón la ciudad de Viterbo reducida á las mayores angustias por una larga sequía, que desolando sus campiñas ocasionaba la esterilidad y una horrorosa miseria. A vista de tantas calamidades, recurrió la afligida ciudad al Padre de las misericordias, y para obtenerlas intimó una solemne procesion de rogativa á mas de otras públicas penitencias. Esta fue la ocasion de que se sirvió el Señor para determinar la voluntad de su siervo, quien observando en la procesion la egemplar modestia de los novicios capuchinos, inflamado del deseo de imitarles, resolvió

hacia atrás en vez de progresar en el camino de la perfeccion, y despues de haber envejecido en la religion me hallo tibio cuando tan fervoroso fui en los principios." Sin embargo, estas palabras no eran mas que efecto de su humildad; pues, es cierto que toda su vida conservó y perfeccionó el espíritu de virtud que concibiera desde niño. El estudio, la lectura de libros espirituales, la oracion y contemplacion mas sublimes, la regularidad y observancia de las cosas mas mínimas le ocupaban los dias y la mayor parte de las noches hasta que emprendió las tareas apostólicas.

11. Entre los proyectos que suele inspirar la caridad en el corazon de los verdaderos discípulos de Jesucristo, ninguno tenia tanto atractivo para el espíritu del padre Leonardo, como el de ir á predicar el Evangelio á los infieles, convertir almas á Jesucristo y morir por su religion. Absorto en este pensamiento representábase ya colocado en medio de las naciones bárbaras, predicando la fe, siendo perseguido por los tiranos, aprisionado y conducido al suplicio; y era tal la vehemencia con que manifestaba estos deseos á sus cohermanos, que cuantos le oían quedaban penetrados de iguales sentimientos. Preparábase entonces la mision que debia partir á la China con Mr. Maillard de Tournon, patriarca de Antioquía y vicario apostólico; y sabiendo el padre Leonardo que se buscaban operarios para aquella difícil empresa, creyó, á pesar de no haber concluido aun sus estudios, que el Señor le deparaba aquella ocasion de cumplir sus designios. Habla en consecuencia á sus superiores, procúrase la mediacion de otras personas

respétables, y nada omite para lograr su intento; pero el número de los misioneros estaba ya completo cuando se principió á hablar del padre Leonardo, de suerte que nada pudo conseguir.

Viendo frustrado aquel proyecto, pensó el jóven religioso y pidió la facultad de pasar á las misiones de Helvecia para combatir el calvinismo que seguia infestando los sencillos habitantes de Suiza. Comunicó sus ideas con el cardenal Colloredo persuadido de que nadie mejor que él aprobaria su resolucion; mas este virtuoso prelado, como si hubiera sido inspirado de Dios, le contestó que no era aquella la voluntad del Señor, designándole al mismo tiempo la Italia como el campo que señalaba la Providencia á sus sudores apostólicos. Recibió el padre Leonardo esta respuesta como una orden del cielo, y deponiendo la idea de ir á predicar á los infieles ó á los hereges, concluyó sus estudios y principió á enseñar públicamente filosofia. Pero su complexion enfermiza y debilitada por su incansable aplicacion al estudio y por sus continuas austeridades, le redujo en breve á tal estado, que se llegó á temer por su vida. Mandóle en consecuencia su prelado, por consejo de los médicos, que saliese de Roma, esperando que sanaria con la mudanza de clima. Pasó en efecto á Nápoles, volvió despues á Roma, y no hallando mejora en ninguna parte se encaminó á su pátria, donde en poco tiempo recobró la salud.

12. Agradecido á la divina bondad por este beneficio, no pensó mas que en cumplir las promesas que habia hecho durante su enfermedad. Comenzó, pues, su primera mision en Artallo, pueblo de la diócesi de

Albenga , situado á dos millas de su pátria. No püede esplicarse cuánto trabajó en esta primera mision hallándose sin ningun compañero , de suerte que él solo predicaba , instruía y confesaba , yendo por la mañana á aquel pueblo y regresando por la tarde á Porto-Mauricio, siempre á pie y enteramente descalzo. Concluida esta mision, hizo otra en la misma diócesi , dando á conocer en ambas, por su extraordinario fervor, las prendas singulares con que le habia dotado el cielo para este santo ministerio. Al oír aquellos pueblos al jóven religioso predicar con una vehemencia é instruir con una claridad que les eran desconocidas , corrian llenos de compuncion á postarse á sus pies para confesar sus delitos y renovar su vida. Animado en vista de los buenos sucesos , acudia el padre Leonardo á dó quiera que le llamaban: en unas partes corregia los abusos introducidos; en otras purificaba ó instituía prácticas de piedad, y en otras convertia á los pecadores y ganaba almas á Jesucristo. Llamado una vez á predicar á Carramagna supo que acostumbraban aquellos habitantes reunirse despues del sermón en una plaza pública , y pasar el resto del dia festivo en bailes y otros semejantes divertimientos bacanales. Aprovechóse , pues , en un sermón de un pasage oportuno , y declamó vivamente contra aquel abuso mostrando cuanto desdecia de un verdadero cristiano. Sin embargo, concluido el sermón , acudió la gente al lugar acostumbrado y principiaron los bailes; pero avisado el predicador , toma en sus manos un crucifijo , hace que le acompañen dos hombres con velas encendidas y se presenta en medio del baile. A su vista huyen todos

precipitadamente , mas el santo misionero les obliga á detenerse , y les dirige de nuevo la palabra con tal fuerza y uncion , que penetra sus corazones y convierte en un momento aquel aparato de vanidad en un lugar de penitencia. Sucedió casualmente que durante la plática se desclavó de la cruz un brazo del santo crucifijo ; al verlo aquella buena gente que estaba ya conmovida , principió á clamar en alta voz : *piedad , misericordia* , y llena á un mismo tiempo de compuncion y de temor , prometió abolir semejantes profanaciones en los dias festivos , y cumplió exactamente su promesa.

13. Informado el gran duque de Toscana Cosme III de la vida egemplar que hacian en Roma los religiosos de San Buenaventura , y del gran fruto que producian en los pueblos con su predicacion , pidió y obtuvo de Clemente XI que pasasen algunos de ellos á Florencia. Designó , pues , el superior de aquel convento cuatro de sus súbditos para esta obra , siendo uno de ellos el padre Leonardo , que se encaminó inmediatamente á Toscana desde Porto-Mauricio , donde habia permanecido cinco años. Seria útil , pero sobradamente largo , referir la abundante cosecha que recogió el ministro del Señor en aquel nuevo campo encomendado á su celo. En un solo tríduo celebrado en la metropolitana de Florencia , se promovió de tal manera la reforma de costumbres y fueron tan numerosas las conversiones , que en resulta de solos tres dias de mision le fue necesario emplear muchas semanas en confesar á la multitud de penitentes que acudian á sus pies. Visto esto por el gran duque , rogó al padre Leonardo que se detuviese y recorriera todos sus